



Revista Alternativa N° 10, 2020

MOVILIZACIÓN POLÍTICA Y DESCAMPESINIZACIÓN EN EL CHACO ARGENTINO

Julia Colla. Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral (IHCSO), Universidad Nacional del Litoral, CONICET.

Correo electrónico: julialcolla@gmail.com

Resumen

El presente artículo recupera el debate teórico “clásico” sobre el porvenir de las poblaciones campesinas en el desarrollo capitalista, a partir de analizar, desde una perspectiva sociológica, lo que acontece en términos estructurales y coyunturales en el agro chaqueño argentino. Se identifica la relación dialéctica de un mismo fenómeno: por un lado, las condiciones económicas, sociales y demográficas que indican una tendencia histórica a la desaparición de la población rural y, en particular, de las explotaciones agropecuarias de menor escala. Por el otro, la movilización política de los campesinos pertenecientes a los pueblos originarios que buscan hacer frente a los procesos de desterritorialización que les afecta de manera directa. Para lograr estos cometidos se utilizan datos estadísticos de los Censos Nacional Agropecuarios y los Censos Nacionales de Población, hogares y viviendas. Asimismo, se utilizan fuentes primarias del trabajo de campo con campesinos indígenas que participan en movimientos sociales.

Palabras clave: campesinos; descampesinización; movilización política; recampesinización.

THE POLITICAL MOBILIZATIONS OF PEASANTS AND “DESCAMPESINIZACIÓN” IN THE ARGENTINIAN CHACO

Abstract

This article recovers the "classic" theoretical debate on the future of peasant populations in capitalist development. This analyze, from a sociological perspective, what is happening in structural and conjunctural terms in Argentine agriculture. The dialectical relationship of the same phenomenon is identified: on the one hand, the economic, social and demographic conditions that indicates a historical trend towards the disappearance of the rural population. In particular, of smaller-scale agricultural operations. On the other, the political mobilizations of peasants belonging to indigenous peoples who seek to confront the deterritorialization processes that directly affect them. To achieve these tasks, statistical data from the National Agricultural Census and the National Population are used. Also, we used primary sources of field work with indigenous peasants who participate in social movements.

Keywords: peasants; “de-peasantization”; political mobilizations; “re-peasantization”.

Introducción

El presente artículo tiene como objetivo recuperar el debate teórico “clásico” sobre el porvenir de las poblaciones campesinas en el desarrollo capitalista, a partir de analizar, desde una perspectiva sociológica, lo que acontece en términos estructurales y coyunturales en el agro chaqueño argentino. Por lo que se identifica la relación dialéctica de un mismo fenómeno: por un lado, las condiciones económicas, sociales y demográficas que indican una tendencia histórica a la desaparición de la población rural y, en particular, de las explotaciones agropecuarias de menor escala; por el otro, la movilización política de hombres y mujeres campesinos que buscan hacer frente a la subordinación y desterritorialización que les afecta de manera directa. Es aquí cuando convergen distintas prácticas sociales (*habitus*) que se accionan, reconfiguran y amoldan a las experiencias históricas de los sujetos para su reproducción social. Las mismas se basan en la capacidad de agencia que tienen estos sujetos para adecuarse, transformar y enfrentar las condiciones impuestas (Ortner; 2016).

En esta línea buscamos responder ¿cuál es el futuro de los campesinos en espacios donde avanzan relaciones sociales diferentes –y antagónicas- de las que forman parte? ¿Qué continuidades y cambios suceden en las identidades de estas poblaciones? Y al respecto, ¿es posible que la acción de los sujetos pueda mitigar o enfrentar –independientemente de los resultados- las condiciones estructurales a las que son sometidos?

De manera tal que, en principio, se identifican las transformaciones económicas y sociales ocurridas en el agro en las últimas décadas, vinculadas a la desestructuración de la economía regional del algodón, la apertura de un nuevo ciclo de acumulación para la producción de *commodities* y el corrimiento de la frontera bajo el denominado modelo de “agronegocios”. Seguidamente, se reflexiona sobre los aportes teóricos de distintos autores sobre los procesos de descampesinización y las posibles relaciones con la dinámica demográfica y la estructura social rural chaqueña. Particularmente nos focalizamos en los estratos más bajos de productores directos (<100has), ya que este sector históricamente conformó un alto porcentaje de población rural y sufrió en mayor medida las improntas de desposeer, acaparar y desplazar propias del modelo de acumulación vigente. Por último, se recopilan distintas prácticas políticas llevadas a cabo por movimientos de campesinos indígenas que tienen como horizonte mejorar las condiciones sociales y económicas para permanecer en sus tierras y territorios. Para lograr estos cometidos se utilizan datos estadísticos de los Censos Nacional Agropecuarios (CNA) 1960, 1988, 2002 y 2018 y los Censos Nacionales de Población de los períodos 1991-2010. Asimismo, se utilizan fuentes primarias –principalmente entrevistas- de nuestro trabajo de campo con campesinos indígenas pertenecientes a la Federación Nacional Campesina de la provincia de Chaco.

El nuevo ciclo de acumulación de capital en el agro chaqueño

Durante gran parte del siglo XX las actividades económicas en el medio rural en la provincia de Chaco estuvieron principalmente diversificadas en tres ramas: la extracción forestal, el cultivo e industrialización de la caña de azúcar, y la producción algodonera. Esta última se extendió, con distintos momentos de auge y estancamiento, durante todo el período 1920-1990 y planteó características similares al resto de las economías regionales: producciones de base agraria (con cultivos tradicionales anuales), con predominio de explotaciones minifundistas, una especialización productiva (monocultivo) generalmente intensiva en el uso de mano de obra y dependiente de la evolución del mercado interno (Rofman, 1999). Además, estuvo asociada a un rol activo del Estado en la promoción y comercialización del cultivo algodonero, a la expansión y apropiación de tierras para la fundación de colonias agrícolas (Ley 4167) y a la utilización de grandes contingentes de fuerza de trabajo, sobre todo de origen local pertenecientes a pueblos originarios y migrantes de localidades limítrofes (Miranda, 2005 [1955]; Slutzky, 2014).¹

En particular, las explotaciones minifundistas, predominantemente menores a 100 hectáreas, se distinguían por estar compuestas por campesinos que tenían una relación social basada en la unidad familiar y la tierra, con una posición subordinada en la producción y en los mercados (Giarracca, 2017 [1990]). La imposibilidad de acumulación *sistemática* de capital, la ausencia de capitalización y el predominio de fuerza de trabajo doméstica, junto con la eventual contratación temporaria de jornaleros para las tareas de carpida y cosecha era una de las características más importantes en esta clasificación (Archetti & Stolen, 1975). Entre los estratos más empobrecidos (como los campesinos pertenecientes a los pueblos originarios), a su vez, era común que luego de realizar las tareas concernientes a su producción familiar se ofrecieran temporalmente en tareas extraprediales como mano de obra asalariada. Esta “doble condición” de trabajadores temporales y campesinos conformó un escenario bastante típico dentro de las economías regionales del norte argentino (Manzanal, 1990; Giarracca, 2017 [1990]).

A principios de 1990 con la profundización del modelo neoliberal, la desregulación estatal y apertura de la economía a la competencia externa impactó de manera diferencial sobre la agricultura chaqueña, que quedó expuesta de manera desigual a la inestabilidad de los mercados internacionales y sin protección ni sostén ante los vaivenes de los precios

¹ Las labores inherentes al cultivo y cosecha del algodón fueron íntegramente manuales hasta épocas relativamente recientes. De aquí la necesidad de una gran masa de los denominados “braceros” o “jornaleros” requeridos periódicamente por los propietarios de las explotaciones de mediana y gran escala. Estos contingentes formaron parte de desplazamientos migratorios masivos e involucraron, por ejemplo, en los momentos más intensos de auge algodonero (1935-1936), un total de 129.639 trabajadores temporarios (Mari, 2009).

(Valenzuela, 2005). La producción algodonera se expandió en volumen, llegando a la mayor cosecha del siglo en la campaña 1995/96, mediante la difusión –sobre todo en las explotaciones de gran escala de terratenientes capitalistas- de sistemas mecanizados de cosecha, la introducción de nuevas variedades de mayor rendimiento, calidad y la ampliación del parque industrial de primera transformación. No obstante, el rendimiento y el incremento de la productividad obedecieron a las nuevas lógicas de relación capital-trabajo y las posibilidades de “reconversión” bajo las racionalidades productivas, que no todos los productores pudieron cumplimentar.

Como resultado, la producción creció y fue absorbida por grandes desmotadoras dirigidas por capitalistas industriales -muchas de ellas instaladas en este período en la región-, que encabezaron el proceso de colocación de los excedentes de fibra en el mercado externo (Rofman, 1993).² En paralelo, se produjo la pérdida de rentabilidad de gran parte de los productores minifundistas y un paulatino retraimiento de la superficie sembrada. Mientras que aquellos campesinos con explotaciones pequeñas compartieron una serie de rasgos negativos de índole diversa (dependencia del trabajo familiar en condiciones precarias de tenencia de la tierra, escasas posibilidades de acceso a una oferta crediticia cara e insuficiente, extrema vulnerabilidad a los fenómenos meteorológicos y sujeción a los intermediarios que compran la producción a precios inferiores a los vigentes en el mercado); la situación de los agricultores con explotaciones comparativamente mayores, las que históricamente no constituyeron un estrato importante en la estructura agraria provincial, fue más desahogada. Sobre todo, por contar con una mayor extensión de tierra que les permitió un margen más amplio de diversificación en su manejo productivo (Valenzuela, 2005).

Paralelamente, se inició una nueva dinámica de acumulación de capital en el agro chaqueño. Desde la sociología, hay acuerdos en denominar este proceso como “agronegocios” para ilustrar la tendencia globalizadora del capitalismo moderno (Gras & Hernández, 2013; Giarracca, 2017 [1990]). Se trató de un modelo agrario que no refirió a un tipo de actor ni a un cultivo específico, sino a una lógica de producción que, con variantes nacionales y locales (por la conjugación que los actores hacen de las lógicas macro con las historias y tradiciones propias), podría ser analizado en función de algunos elementos centrales. Entre ellos, la transectorialidad³, la generalización, ampliación e intensificación del papel del capital en los procesos productivos agrarios, la estandarización de las tecnologías

² En estos años, se instalaron en la provincia nuevas plantas desmotadoras de propiedad particular, las que pasaron a concentrar más del 80% del algodón en bruto producido en la provincia.

³ Refiere a la mayor integración y extensión de la cadena de valor, dinámica guiada no sólo por la integración técnica de los procesos productivos (vertical) sino también por la articulación horizontal de otras actividades que se valorizan como oportunidades para el capital.

utilizadas con una intensificación en el uso de insumos de origen industrial y la generación de tecnologías basadas en la transgénesis (semillas) que apuntaron a reducir las especificidades biológicas y climáticas del agro, cuya optimización requirió de escalas cada vez mayores (Gras & Hernández, 2013).

De manera tal que emergieron megaproyectos agroindustriales, amparados en un fuerte soporte estatal y vinculados a la producción a gran escala de *commodities* para exportación (principalmente soja, arroz y ganadería) y a la intensificación de la actividad forestal extractivista (Brodersohn, Valenzuela y Slutzky, 2009). Al respecto, la evolución de la superficie sembrada en la provincia entre 1995-2003 mostró un notable descenso del algodón acompañado del aumento de otros cultivos. La campaña algodonera 1995/1996 de 611.930 hectáreas sembradas con algodón fluctuó a 180.000 has. en 1999/2000 y a 85.000 ha en 2002/2003. Mientras que la soja y el girasol fueron en aumento desde 55.000 y 76.000 has. respectivamente en 1995/1996 a 170.000 y 280.000 has. en 1999/2000 y 253.000 y 586.000 en la campaña 2004/2005.

Esta nueva etapa generó un período extraordinario de producción de valor y acumulación de renta a la par que significó una mayor concentración de tierras y produjo consecuencias negativas en un amplio sector de campesinos, quienes encontraron serias dificultades para “adecuarse” a la nueva lógica agroindustrial. El Estado incorporó al mercado grandes extensiones de tierras públicas que fueron privatizadas para terratenientes y grandes empresarios (muchos de ellos, de origen pampeano, que aprovecharon estas inversiones sustentadas en el relativamente bajo valor de la tierra en relación a otras regiones) y desmontadas para su puesta en producción. A lo largo del territorio se registraron, además, situaciones profundamente violentas de desposesión, producto de la irregularidad en la tenencia de la tierra. Sumado a esto, el desmonte y el uso de agrotóxicos para fumigaciones aéreas terminaron por socavar las posibilidades de producciones agropecuarias alternativas a las hegemónicas.

En definitiva, estos profundos cambios estructurales en la producción chaqueña en relación a su matriz agrícola histórica, fueron ejemplificadores de la tendencia de la que ya hablaban los clásicos marxistas. Nos referimos a que la expansión de las relaciones capitalistas en la agricultura tiende a acrecentar la brecha entre la gran empresa y la pequeña, provocando un proceso de desaparición o disolución de estas últimas (Kautsky, (2015 [1898]; Lenin, 1959 [1972])).

El porvenir de los campesinos

El debate teórico y político sobre el devenir de los productores directos comenzó en el siglo XIX con el marxismo y tuvo lugar luego en las experiencias revolucionarias, como las de Rusia y China. En Latinoamérica, alcanzó una impronta teórica particular con Juan Carlos Mariátegui y José Martí quienes profundizaron sobre el componente étnico y racial de estas poblaciones. Años más tarde, estuvo presente en las reformas agrarias que se realizaron en distintos momentos durante todo el siglo XX. En general, las diversas interpretaciones refirieron a la funcionalidad, desaparición o persistencia de la forma social campesina de producción agraria en el contexto de avance de las relaciones capitalistas y los procesos de modernización.

Kautsky (2015 [1898]), en su estudio clásico sobre las tendencias de la agricultura moderna, menciona que para estudiar la cuestión agraria no hay que limitarse a saber si la pequeña explotación tiene algún porvenir en la agricultura, sino también, examinar las transformaciones de la misma bajo el modo de producción capitalista. Es decir, indagar cómo el capital se apodera de la agricultura, la transforma y hace insostenibles las viejas formas de producción y de propiedad y crea la necesidad de otras nuevas.

En principio, es necesario tener en cuenta que el capital es una relación social e histórica de producción y el capitalismo un modo de producción basado en dicha relación. Este proceso, vincula a los propietarios de los medios de producción con los productores directos, quienes deben vender su fuerza de trabajo con el fin de obtener un salario para reproducir su existencia. En el capítulo XXIV sobre la acumulación originaria, Karl Marx (2008 [1867]) plantea que la relación social/histórica de producción del capital no es otra que la escisión entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo. Esta separación se inaugura con la acumulación originaria, aparece luego como un proceso constante y se manifiesta finalmente como concentración de capitales ya existentes en pocas manos y descapitalización de muchos bajo la figura de expropiación. Al respecto, Harvey (2005) agrega a este fenómeno la dimensión geográfica. El concepto de “acumulación por desposesión” describe un proceso de larga duración y constante de “desarrollo geográfico desigual” del capitalismo, en el que el despojo es parte de la lógica constante de funcionamiento del sistema que vincula las actividades económicas y la apropiación de tierras. Entre esos aspectos, se destacan la expulsión violenta de habitantes del campo; la transformación de los derechos comunes, colectivos y públicos en derechos privados y el abandono de la propiedad común; la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía y la eliminación de todas las formas de producción y consumo no mercantiles.

Estas transformaciones entre el obrero y la propiedad de sus condiciones de trabajo, una vez que se descomponen *suficientemente* en profundidad y en extensión, el modo de producción capitalista puede andar ya “*sin andaderas*” (Marx, 2008 [1867]: 952). Esto significa que lo que permite el desarrollo y finalmente la supremacía del nuevo régimen es un proceso que se consuma cuando se ha hecho una proporción suficiente- y no absoluta- para alcanzar dicha preeminencia. Esto supone que las nuevas relaciones que avanzan socialmente –y geográficamente- coexisten con otros elementos de carácter previo, como lo son los campesinos (Azcuy Ameghino, 2014).

Lenin (1972 [1899]) en su estudio clásico sobre el campesino comunal ruso plantea que éste no es antagónico respecto al capitalismo, sino al contrario, es su base más profunda y sólida, ya que sobre él “gravita las tradiciones antiguas de la vida patriarcal, y por la cual la acción transformadora del capitalismo se pone de manifiesto con mayor lentitud y degradación” (p. 162). Este proceso se lo denomina “descampesinización”. El mismo no supone solo la diferenciación social por la desigualdad de bienes, sino que los campesinos continúan manteniendo en lo fundamental su naturaleza basada en el trabajo familiar no asalariado pero coexistiendo con una tendencia histórica de transformación en una población nueva (burguesía rural, farmers, jornaleros, etc.). Por lo tanto, la proletarización parcial de los campesinos y el monopolio relativo de medios de producción, dinero y tierras por una minoría enriquecida, resultan dos elementos característicos de la descomposición del campesinado. Esto es una manifestación e indicador del avance de la formación del capitalismo en el campo (Azcuy Ameghino, 2014).

Sobre estos supuestos, podríamos afirmar que no hay correspondencia entre la teoría clásica y la asimilación del capitalismo con una descampesinización total. En efecto, los autores hasta aquí analizados constatan la presencia de productores directos no proletarizados en las sociedades modernas, como parte del desarrollo geográfico desigual del capitalismo en la agricultura. Incluso, les otorgan participación decisiva dentro de los proyectos políticos revolucionarios.⁴

En esta dirección, si bien en Argentina la cuestión campesina nunca asumió el peso o la importancia que tuvo en Bolivia, México o Perú (donde la persistencia del campesinado está fuertemente relacionada con lo indígena), encontramos en esta base conceptual elementos para reflexionar sobre lo que acontece con estas poblaciones en los espacios rurales. En primer lugar, en nuestro país la población rural tuvo un notable crecimiento desde fines del siglo XIX hasta mediados de siglo XX, período que podemos señalar como de construcción

⁴ A modo de ejemplo, exponentes políticos e intelectuales como Lenin (ex URSS), Mao Tse-Tung (China), Ho Chi Min (Vietnam), entre otros, remarcaron la importancia de la alianza obrero-campesina en las luchas revolucionarias llevadas a cabo en sus países.

de la ruralidad. Luego comenzó un lento pero inexorable proceso de despoblamiento que coincidió con los períodos de industrialización y urbanización, y posteriormente, con los de modernización tecnológica en el sector agropecuario (Sili, 2019). En segundo lugar, el descenso demográfico en el espacio rural estuvo acompañado, sobre todo en los últimos treinta años, de una mayor concentración de la tierra y la desaparición de explotaciones de pequeña escala.

De acuerdo con la información proporcionada por los Censos Nacionales de Población, el porcentaje de habitantes a nivel país que residen en zonas rurales (localidades de menos de 2.000 habitantes o en campo abierto) ha tendido a disminuir en cada período censal desde mediados de la década de 1950. Particularmente, entre el año 1991 y 2010 la población del campo disminuyó estrepitosamente un 25%, y entre el año 2001 y el 2010 la caída fue del 12% (330.000 habitantes menos), lo que muestra que si bien el despoblamiento se ha desacelerado, la tendencia continua siendo la misma (INDEC, 1991; 2001; 2010).

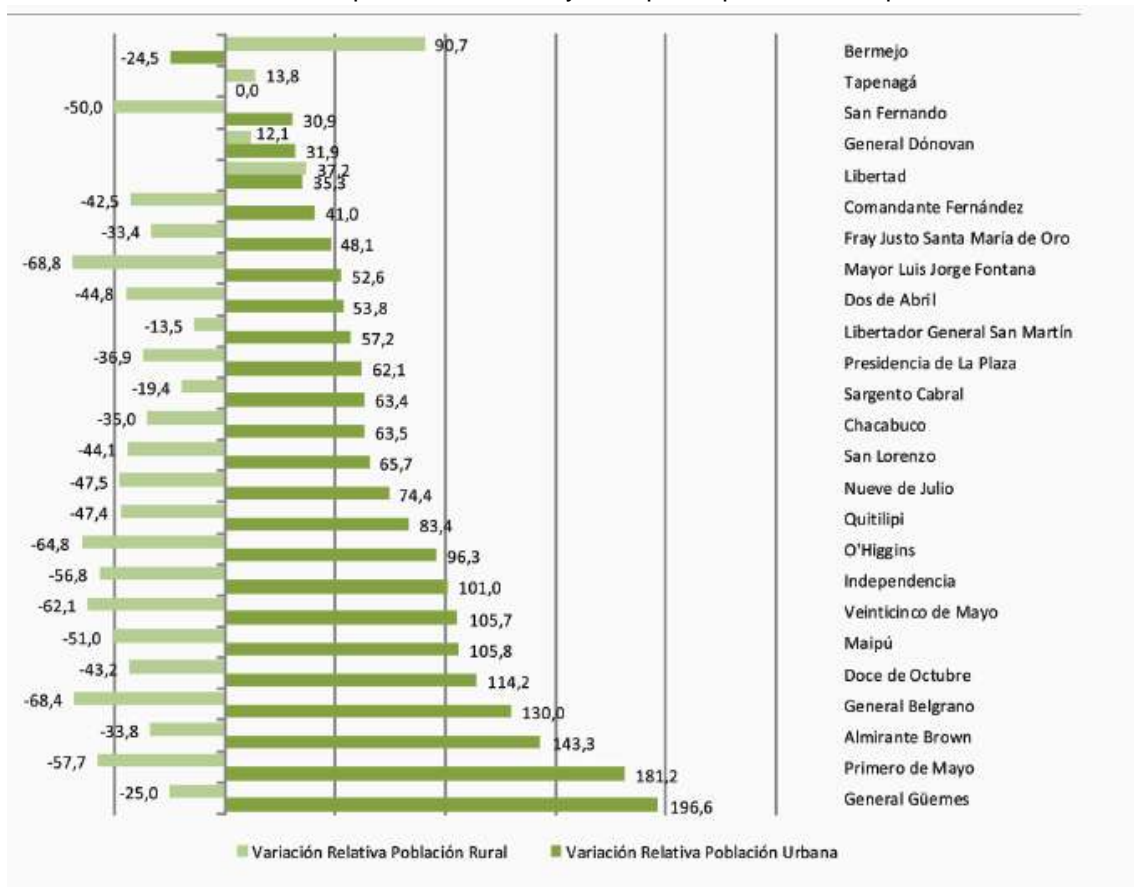
La Provincia del Chaco -al igual que todas las provincias del norte argentino- tiene menos porcentaje de población urbana que el resto del país (85,7% frente al 91% a nivel nacional). No obstante, el período intercensal 1991-2010 plantea un proceso similar de decrecimiento demográfico en áreas rurales, acompañado de una tendencia a la concentración en las urbanas. Al respecto, en 2010 la población total de la provincia aumentó un 25,6% (1.055.259 de habitantes) respecto a 2001.⁵ Pero, mientras que la urbana varió positivamente un 50,9% (575.913 a 922.097, incrementándose en 346.184 habitantes), la rural cambió negativamente un -37,2% (disminuyó de 240.371 a 150.879, decreciendo en 89.492 habitantes) (INDEC, 2001, 2010).

Un estudio que analiza esta dinámica por circunscripción departamental evidencia que, entre los censos 1991 y 2010, el 70% de ellos tuvieron una dinámica de crecimiento demográfico igual o superior a la media provincial (Barreto y Ebel, 2013). Entre algunos de ellos (y que a su vez son de los más poblados) se encuentran el de General Güemes (El Impenetrable), Libertador General José de San Martín (centro-norte) y Mayor Jorge Luis Fontana (sur). No obstante, como indica el cuadro 1, los únicos que han presentado una variación relativa de población rural, con valores positivos, son: Bermejo, Libertad, Tapenagá y General

⁵Cabe mencionar que los datos muestran, además, una importante disminución en la variación relativa entre los períodos 1991, 2001 y 2010. Mientras que en los Censos de 1991-2001, fue del 17,00%, entre los de 2001-2010, fue del 7,24%. Esto podría explicarse por una disminución en la tasa de natalidad de la provincia, una elevada tasa de envejecimiento y a procesos migratorios. Para mayor profundidad en el tema consultar Barreto y Ebel (2013).

Dónovan.⁶ En el resto de los Departamentos se verifican variaciones relativas de población rural con valores negativos de crecimiento demográfico.

Cuadro 1. Variación relativa de población urbana y rural por departamentos, periodo 1991-2010



Fuente: Barreto y Ebel, 2013

En coincidencia con estos datos, los Censos Nacionales Agropecuarios (CNA) entre 1960 y 2018 muestran una tendencia similar en la reducción de las explotaciones agropecuarias (EAP'S), sobre todo en aquellas de menor superficie (cuadro 2). En muchos casos, pertenecientes a campesinos indígenas que accedieron a títulos individuales de propiedad con legislaciones específicas (como la Reglamento de chacras de la Comisión Honoraria de Reducciones de Indios que rigió entre los años 1916-1946 y la Ley provincial del aborigen chaqueño N°3258).

⁶Estos departamentos se encuentran ubicados en las cercanías al departamento de San Fernando (donde se ubica la capital provincial de Resistencia) y son parte del grupo de dinámica urbana inferior a la media provincial.

Cuadro 2. Explotaciones agropecuarias por estrato en Chaco, según Censos Nacionales Agropecuarios 1960, 1988, 2002 y 2018.

Cantidad de EAPs con límites definidos 1988-2002	1960	%	1988	%	2002	%	2018	%
Extensión (has)								
Hasta 5	1762	6.6	1147	6.5	818	5.2	185	1.69
De 5,1 a 25	6188	23.0	2333	13.3	1776	11.3	733	6.71
De 25,1 a 100	13599	50.6	6355	36.1	5124	32.6	3392	31.0
<i>Hasta 100</i>		<i>80.2</i>		<i>55.9</i>		<i>49.1</i>		<i>39.4</i>
De 100,1 a 200	2362	8.8	3076	17.5	2656	16.9	1953	17.89
De 200,1 a 500	845	3.1	2690	15.3	2883	18.37	2253	20.64
De 500,1 a 1000	665	2.5	1035	5.9	1246	7.9	1127	10.32
De 1000,1 a 2500	616	2.3	691	3.9	901	5.7	884	8.09
De 2500,1 a 5000	132	0.5	172	1.0	190	1.2	253	2.31
De 5000,1 a 10000	50	0.2	64	0.4	68	0.43	93	0.85
Más de 10000	30	0.1	32	0.1	32	0.2	41	0.37
Sin determinar	604	2.2	00	00	00	00	00	00
Total	26853	100	17595	100	15694	100	10914	100

Fuente: Extraído de Valenzuela (2003) en base aCNA 1960, 1988, 2002 y elaboración propia en base a CNA 2018 [datos preliminares].

Estos datos indican una marcada tendencia en sesenta años de disminución de las explotaciones menores a 100 hectáreas, con un aceleramiento en la desaparición de las menores a 25 hectáreas en los últimos 20 años (1676 EAP's menos entre 2002 y 2018 en este estrato). De manera preliminar dentro de los problemas que afectan las explotaciones de menor escala se encuentran la dependencia y vulnerabilidad propias de la especialización monoprodutiva de algodón de la región chaqueña durante todo el siglo XX, la imposibilidades de diversificación y, desde mediados de 1990, el efecto negativo de coyunturas adversas que tuvieron un impacto diferencial según el tamaño de las explotaciones, siendo este un factor de importancia primordial en las prácticas

agropecuarias regionales, excesivamente ligadas a la disponibilidad de tierra (Valenzuela, 2006).

Con los datos que hasta aquí presentamos podríamos inferir que en Argentina el escenario dentro del que se desenvuelve la presencia de campesinos es relativamente acotada y tiene una tendencia demográfica decreciente. Por lo tanto, y atentos a las particularidades regionales, la descomposición/transformación pareciera ser el futuro de muchas unidades campesinas.

Ahora bien, las ciencias sociales en general y la sociología en particular, tienen una larga tradición en cuestionar la capacidad de acción de los sujetos en relación a sus condiciones estructurales de existencia. Es decir, aquellos que, como se dice, “no tienen futuro” ¿tienen oportunidades de conformar un proyecto individual para forjar su porvenir o de trabajar en el advenimiento de un porvenir colectivo diferente? De acuerdo con esto, Gramsci (1975) sostiene que es la acción política colectiva de los hombres la que reactualiza la relación dialéctica entre estructura y superestructura y permite la construcción de una nueva hegemonía. En otras palabras, la construcción de una nueva sociedad, de una nueva estructura económica, organización política y también de una orientación teórica y cultural. Desde otra perspectiva analítica, Bourdieu (2006 [1977]), en su investigación sobre la descomposición campesina en Argelia, se cuestionaba sobre lo que sucedía con estos individuos que conviven en un mismo espacio social con disposiciones internas y maneras de ver el mundo que correspondían a estructuras económicas diferentes. Al respecto sostenía que las transformaciones económicas que avanzan operan por mediación de la experiencia y de la práctica de individuos situados de manera diferente con respecto al sistema económico. Los “*campesinos descampesinizados*”, como los denominaba, son “un nuevo tipo de hombres que se dejan definir negativamente por lo que ya no son y por lo que no son todavía; seres que se destruyen a sí mismos y que llevan en su existencia actual todos los contrarios” (Bourdieu & Sayad, 2017:199).

En esta línea, el desafío que se nos presenta consiste en pensar esta sintaxis contradictoria entre disposiciones estructurales y objetivas de descomposición campesina inherentes a la lógica del régimen de producción actual y la capacidad de agencia de los campesinos para adecuarse, transformar y enfrentar aquellas condiciones impuestas (Ortner; 2016).

¿Tomar partida? Entre “descampesinistas” y “campesinistas”

Durante la década de 1960 y 1970, las ciencias sociales latinoamericana asistieron a una disyuntiva intelectual y política entre dos enfoques teóricos divergentes denominados “descampesinistas” y “campesinistas”. Si bien Argentina estuvo ausente en esto,

principalmente por el silenciamiento académico que planteó la Dictadura cívico-militar de 1976-1982, la discusión teórica resultó muy importante para pensar el futuro y las luchas políticas del campesinado en el continente (Giarracca, 2017 [1990]). El enfoque “campesinista” se planteó en contraposición al debate “descampesinista” y surgió en pleno contexto de Reformas Agrarias y de conformación de movimientos sociales campesinos como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) en Brasil. Sus principales exponentes en el continente retomaron los postulados del economista ruso Chayanov y la obra de Kautsky para sostener que el campesinado podría reproducirse y expandirse dentro del capitalismo avanzado. En esta línea, determinadas posturas plantearon que las poblaciones campesinas constituyen un modo de producción particular (Chayanov, 1974; Martins de Carvalho, 2012),⁷ mientras que para otras, los campesinos no son exclusivos de un modelo histórico de producción determinado. Es decir, no “encajan” en ninguno de los conceptos generales de las sociedades contemporáneas (Shanin, 1983; Wolf, 2005).

En términos generales, esta corriente teórica argumentaba que una agricultura capitalista necesita explotar a un sector numeroso de minifundistas a través de la apropiación del excedente que se origina en sus parcelas. Esto sucedía por venta de su producción o por la explotación directa de mano de obra, en el caso de quienes generan trabajo fuera de su hogar (semiasalariados). De acuerdo con esta lógica, la tendencia del sector sería hacia su regeneración en el momento en que el proceso de expansión capitalista en la agricultura tienda a eliminarlo (Feder, 1977).

En esta línea, Shanin y Alavi (1988), retoman la teoría clásica de Kautsky para analizar cómo el campesinado puede mantenerse, sobrevivir y ser funcional en el capitalismo en tanto mano de obra necesaria en las grandes explotaciones y en la industria. Es decir, el incremento del número de grandes explotaciones agrícolas en relación con las pequeñas, disminuye la disponibilidad de mano de obra rural al tiempo que aumenta su demanda. Esta contradicción limita el desplazamiento de las pequeñas explotaciones por las grandes, que los autores reconocen como tendencia general dentro del agro global.

Por su parte, Bartra (2006) sostenía que es en la renta diferencial y sus contradicciones donde se encuentra una de las razones estructurales de la permanencia y reproducción de la economía campesina en el capitalismo avanzado. Es decir, los productores domésticos son forzados a trabajar por debajo de la ganancia media y en ocasiones en el “*simple punto de equilibrio*”. Al respecto, el autor plantea que los campesinos, terratenientes y la renta son

⁷ En debate con la tradición marxista, Chayanov sostenía que la economía campesina es un modo de producción en el mismo nivel que los modos de producción esclavista o capitalista, mientras que para Marx, la producción mercantil simple nunca alcanza a constituirse como un modo de producción dominante, y como tal puede estar presente y desarrollarse bajo diferentes modos de producción.

elementos que no provienen de un pasado precapitalista, sino que han entrado en contacto con el capital y fueron refuncionalizados, constituyéndose en producto del nuevo modo de producción, más que en una herencia histórica.

Para los referentes teóricos en Brasil, la creación y recreación campesina se desarrolla en el proceso de diferenciación del campesinado, el cual no se dirige necesariamente hacia la proletarianización o transformación del campesino en capitalista, sino que lleva a su recreación en otras diferentes formas. Una es por la sujeción de la renta al capital, de modo que el movimiento de formación del campesinado acontece simultáneamente por la exclusión y por la generación de las condiciones de realización del trabajo familiar en la creación, destrucción y recreación de las relaciones sociales. Otra forma es por medio de la ocupación de la tierra, a través de la que los trabajadores se resocializan, luchando contra el capital y subordinándose a él, porque al ocupar y conquistar la tierra se reinsertan en la producción capitalista de las relaciones no capitalistas de producción. En otras palabras, la ocupación es una forma de materialización de la lucha de clases (Mançano Fernandes, 2001).⁸

La dificultad teórica que encontramos con estas posturas es suponer que el excedente generado en este sector de productores es cuantitativamente significativo, lo cual debería resultar necesario para la supervivencia de dicha agricultura. En consecuencia, esta teoría debería aplicarse, entonces, no solamente a las economías agrícolas dependientes y capitalistas, como en Argentina, sino también a las naciones industrializadas. De acuerdo con Feder, quien realiza una crítica a ambos enfoques, “los casos parecen mostrar que los sectores agrícolas parecen manejarse muy bien sin los pequeños productores ‘ineficientes’ que han sido expulsados por el funcionamiento del mercado y por el proceso de concentración de la propiedad y de la producción” (Feder, 1977: 1441). Además, si bien estos postulados resultan atractivos, la suposición de un excedente significativo extraído a un sector campesino constantemente regenerado -aun cuando fuese muy numeroso e incluso numéricamente creciente-, se contradice, con su ubicación en suelos marginales, erosionados y cada vez más pobres, como sucede en el área de este estudio.

Por lo tanto, frente a la discusión respecto a la presencia de poblaciones campesinas y con crecimiento demográfico en diversas áreas geográficas del continente, consideramos que se debe cuestionar: ¿Qué determina esas variaciones? La respuesta debería buscarse en la incidencia que tiene el régimen capitalista y los terratenientes en esos territorios (es decir, la presencia de relaciones sociales asalariadas y la distribución –y concentración- de la tierra, entre otros indicadores) y en la capacidad de resistencia que puedan desplegar las

⁸ Esta corriente teórica brasileña tiene proyección política vinculada a la organización internacional “Vía campesina”.

poblaciones campesinas locales. Es decir, en las conductas y disposiciones que tengan los productores familiares para interferir frente a tales condiciones dominantes.

En este sentido, las posiciones aquí analizadas no deben ser tomadas de manera dicotómica ni antagónica, sino que es necesario tener presentes aquellos elementos que habiliten decisiones políticas que contribuyan a mejorar la calidad de vida y la reproducción social de estas comunidades. Es decir, es posible que se convaliden medidas ostensibles dirigidas a la recreación del sector, pero se debe tener en cuenta bajo qué condiciones se llevan a cabo, ya que en el seno del sistema capitalista éstas operan en su contra. Esto es importante al momento de definir objetivos dentro de los movimientos sociales, ya que de ello dependerán los logros y avances de la lucha política.

Además, los procesos estructurales de descomposición campesina no invalidan las luchas políticas de resistencia que despliegan las comunidades, ni tampoco oculta los logros y avances que acontecen en relación a la posesión de la tierra y el territorio. En efecto, las posibilidades de permanencia del sector corresponden a experiencias específicas que deben ser valorizadas dentro de eventos mayores. Es decir, es necesario adecuar la mirada para comprender estos complejos procesos de coexistencia de campesinos y capitalismo: por un lado, en el marco de formaciones sociales concretas y por el otro, como parte integrante del conjunto de problemáticas sociales que forman la cuestión agraria.

Para concluir, podríamos afirmar que en Argentina, la tendencia general de los campesinos se manifiesta de diferentes y contradictorias maneras. Su gradual descomposición o desaparición puede verse habilitada por la coyuntura económica de las regiones y por los procesos de resistencia y logros de la lucha política de los movimientos sociales. En la región pampeana, bajo el avance de la concentración del capital los procesos de descomposición de la agricultura familiar tienen plena vigencia (Martinez Dougnac y Azcuy Ameghino, 2014). En otras regiones, como la chaqueña, la coyuntura económica local y la acción política de los productores han logrado marcar escenarios un tanto diferentes. En un contexto de una reducción del 16,5% de las explotaciones menores de 100 hectáreas entre 1988 y 2018, aparecen fenómenos sociales que buscan revertir esta situación: como las ocupaciones de tierra, la organización campesina a través de cooperativas para la producción comunitaria, la generación de mercados o ferias para comercializar sus productos, la defensa de los recursos naturales y la producción sin agrotóxicos, entre otros.

“Ni uno más se va del campo”: movilización política de campesinos indígenas

En octubre de 2002 cientos de campesinos, en su mayoría pertenecientes a pueblos originarios, transitaban a pie por la Ruta provincial N°3 desde la localidad de Pampa del

Indio. Su destino se encontraba a 220 km, en la ciudad de Resistencia, lo que demandaría cinco días caminando. La movilización de miles de campesinos indígenas se extendía a lo largo de la ruta, cruzando la franja de tierras que se extienden a la vera del río Bermejo, lugar donde muchas familias indígenas solían mariscar (cazar) pero que tempranamente habían sido objeto de expropiación en las denominadas “Campañas del desierto”, dirigidas por el General Victorica en 1884. También era lugar donde muchos de ellos solían ofrecer su mano de obra temporal para las tareas de carpida y cosecha en las chacras algodoneras o cruzaban campo traviesa para dirigirse a trabajar en el Ingenio Las Palmas del Chaco austral. Hoy día, aquel territorio es algo definitivamente ajeno y distinto. Se ha convertido en un escenario de un renovado proceso de expansión de la frontera agropecuaria. El carácter intensivo y la expulsión de fuerza de trabajo, junto con la privatización de los recursos naturales y el avance de la deforestación han hecho de estos espacios una fotografía típica del paisaje global del capitalismo moderno.

El motivo de aquella protesta social, en el marco de la beligerancia popular (Auyero, 2002) fue el puntapié de muchas otras conocidas como las “Marchas de El impenetrable”. Su objetivo era la persecución de bienes e intereses comunes a través de actividades económicas habilitadas por recursos estatales y de asistencia social. De aquí que sus reclamos estaban vinculados al acceso a la tierra (en resarcimiento histórico para los pueblos indígenas y por las regularizaciones de aquellos campesinos asentados sobre predios fiscales o con tenencia precaria), subsidios para emprendimientos productivos, entrega de semillas y herramientas para la siembra de algodón, trabajo y viviendas rurales. Con este evento, se abrió un espacio de negociación y diálogo entre los campesinos e indígenas movilizados y las agencias estatales.⁹ A la par, se asentaron las bases para la organización política de los participantes, dando lugar a la conformación del movimiento “Unión Campesina de Chaco” (UCC) que con posterioridad, a partir de 2009, conformaría la “Federación Nacional Campesina” (FNC).

Las primeras respuestas a algunas de estas demandas llegaron en 2003. En aquella ocasión la UCC firmó un convenio en la localidad de Pampa del Indio para la implementación del Programa Nacional de Desarrollo Local y Economía Social "Manos a la

⁹ Desde el año 2003 en Argentina se planteó una transformación en la gestión pública de las políticas sociales y en las políticas públicas participativas (PPP), implicando la participación de la sociedad en su diseño e implementación, e institucionalizando espacios de interacción entre el Estado y la sociedad. Al respecto, movimientos sociales se convirtieron en actores legítimos de la gestión de políticas sociales. Comenzaron a administrar fondos públicos que permitieron ampliar el despliegue territorial de las organizaciones y crear, en el caso de los campesinos indígenas aquí analizados, otras condiciones para la lucha etnopolítica. A la par, esta modalidad de funcionamiento institucional permitió reemplazar la ausencia de un poder infraestructural propio por parte de la burocracia asistencial del Estado central y desplazar la toma de decisiones de control y gestión a la órbita de lo social (Pelemiter, 2016; Guiñazú, Trentini y Ameghino, 2019).

Obra". El mismo consistía en la entrega de 80 toneladas de semillas, herramientas y combustible para que 850 familias cultiven algodón en las parcelas bajo su control.¹⁰

A nivel territorial, estas iniciativas se desarrollaron bajo los parámetros de la Economía Social y Solidaria, cuyos ejes fueron la reciprocidad y una organización basada en una racionalidad no orientada por el lucro o la búsqueda de la ganancia, sino por la reproducción ampliada de la vida (Coraggio, 2011). De manera tal que estas actividades fueron demostrativas de su capacidad de agencia, en tanto formas de obrar, sentir y pensar propias de su identidad étnica y posición social (Bourdieu, 2007).

En esta línea, Ortner (2016) distingue tres elementos de la noción de agencia. Primero, la intencionalidad activa que distingue la agencia de prácticas rutinarias, no existiendo línea divisoria entre ambas, sino continuidad entre aquellas llevadas a cabo con poca reflexión y planificación y los actos agentivos. Segundo, la simultaneidad del carácter universal y de construcción cultural de la agencia, remarcando que ésta se forma, nutre o debilita diferencialmente en distintos regímenes de poder. Tercero, la agencia enmarcada dentro de relaciones de poder y desigualdad, es siempre compleja y contradictoria, siendo la oposición sólo una de sus múltiples formas posibles.

Bajo estos parámetros, para la organización y la división del trabajo en la experiencia del año 2003, la unidad doméstica (compuesta por familias extendidas dentro de cada lote) estuvo orientada a resolver problemas de sobrevivencia, proporcionar beneficios comunitarios y satisfacer necesidades integrales colectivas. Algunas familias, por ejemplo, se distribuían tareas para complementar estas actividades con otras, para el sustento de todo el grupo. Como señalaba un campesino Qom:

“Uno tenía mucho empeño en producir y que le vaya bien, porque en esa época no había otra cosa (...). También otros salían a mariscar [*caza y recolección de recursos del monte*], tanto para consumir mientras algunos hacían el laboreo de tierras y para vender algunas cosas. Por necesidad y por tradición y como parte de la vida cotidiana, digamos” (Entrevista a DB, Pampa del Indio, 2018).

Para la participación en el proyecto productivo, en vez de optar por una lógica de distribución y administración individual/familiar de los recursos –como lo estipulaba dicho Programa–, los campesinos Qom desarrollaron una estructura política con fuerte anclaje territorial y comunitario. Tal que las decisiones sobre las tareas de organización de la producción (uso del tractor, parcelas a utilizar, etc.), la elección de las familias participantes y la distribución de los recursos se realizaban en espacios que trascendían los mecanismos institucionales estipulados.

¹⁰ Fuente: Artículo periodístico “Semillas y herramientas para una comunidad toba del Chaco, diario *La Nación*, 12/05/2003.

Sucede que, la posibilidad de participación en el Programa “Manos a la Obra”, por ejemplo, requirió de determinadas disposiciones jurídicas y burocráticas que los campesinos indígenas debieron cumplimentar: la creación de una Asociación Civil (bajo el nombre de Unión Campesina), aprender a realizar tareas administrativas y contables, entre otros. Pero también la implementación en el territorio trascendió los objetivos propuestos y benefició el desarrollo de mecanismos alternativos y autónomos para la reproducción social de estas poblaciones.¹¹ Estas nuevas dinámicas emergieron de la construcción cultural de la agencia indígena a partir de la voluntad de los Qom de trabajar en sus parcelas y de organizar la vida de otra manera en base a su identidad étnica. Por ejemplo, se desarrolló una organización interna comunitaria a partir de las familias extendidas dentro de cada parcela y paraje rural, con participación democrática –asambleas, cuerpos de delegados y otras instancias realizadas íntegramente en su idioma Qom– para la toma de decisiones y con liderazgos indígenas surgidos de la acción colectiva. Asimismo, se dieron instancias de aprendizaje de nuevos saberes vinculados a la autogestión de los recursos que brindaron mayor autonomía, sobre todo en relación a otras experiencias que tuvieron los Qom en el trabajo asalariado extrapredial. Tal como lo recuerda un campesino indígena del paraje rural de Pampa Chica:

“Allá por el 2003, estuve como secretario y no sé escribir un acta nada, sé escribir, pero no sé cómo se hace un acta. Entonces, después de eso me eligieron como comisión de la organización para la producción (...) y bueno de a poquito fuimos aprendiendo como delegado” (Entrevista a PL, Pampa del Indio, enero 2018).

Actualmente, esta persona es el responsable de la oficina de la FNC ubicada en el pueblo de Pampa del indio y tiene a su cargo la administración de los programas de asistencia estatal del movimiento que llegan a más de 500 familias locales. Asimismo, en la entrevista realizada hacía alusión a la autonomía económica generada por la experiencia de producción propia:

“(...) Esa vuelta en la chacra sembrábamos algodón. Y ahí poder tener la platita y eso por lo menos ya es un trabajo que es tuyo, no es del patrón. Ahí ganas más (...) Pero ya es tu producción. Entonces ponele que \$10 si vendes. Le quedaba \$8 al patrón y vos lo que cosechaste te daba, a lo mejor, \$2, algo así. Pero si es una producción que vos mismo sembraste, vos mismo cosechaste, te ganas toda esa plata. Los \$10 (...) cómo te puedo decir, ya es tu plantita (...) a la chacra la que tenés que limpiar, que cuidar de día y noche, pero ya es nuestro, no es del patrón. Y así fue. Y ahí empezamos, despertamos, pero no pudimos continuar de sembrar más hectáreas porque no teníamos más mercadería para comer” (Entrevista a PL, Pampa del Indio, marzo 2018).

¹¹ Se debe considerar que estas relaciones entre las políticas públicas y los campesinos indígenas deben ser entendidas en función de las prefiguraciones establecidas por los dispositivos político-jurídicos que otorgan el reconocimiento (en este caso, la figura de Asociación civil) y la posibilidad de participación. Así, deviene central considerar que la manera en que estas políticas modelan a “los indígenas” impacta sobre sus procesos de construcción identitaria, y que esta performatividad está relacionada a las formas de juridicidad, mediante las que el Estado legaliza (o no) a estos grupos (Guiñazú, Trentini, & Ameghino, 2019).

En efecto, las decisiones en el ámbito de la producción, la comercialización, el ahorro, el trabajo, es decir, aquellas concernientes a la economía, fueron tomadas a partir de un conjunto de parámetros y prácticas socioculturales propias que no se identificaban con la lógica capitalista de mercado, en términos de acumulación de capital como condición necesaria de la actividad.

Finalmente, la comercialización en aquella campaña de 2003 se realizó de manera comunitaria en la cooperativa local, previo acopio en la parcela de uno de los dirigentes del movimiento social. En aquel momento, la cosecha se realizó bajo condiciones climáticas adversas (una intensa sequía echó a perder el 50 % de la siembra) pero su comercialización comunitaria duplicó el ingreso anual de las familias en relación al que recibían por trabajos extraprediales. Distintos medios periodísticos locales y nacionales cubrieron aquel evento, ya que la Ministra de Desarrollo Social de la Nación viajó a Pampa del Indio a presenciar dicha cosecha.¹²

Con posterioridad, distintos factores políticos, económicos y étnicos se convirtieron en 2011 en determinantes para la desestructuración y el fin de estas actividades agrícolas.¹³ No obstante, desde 2016 hasta la actualidad se han reactivado diversas actividades de producción agrícola y hortícola destinada al autoconsumo. A diferencia del período previo (2003-2011), estas experiencias fueron resueltas con medios de producción y recursos mínimos y fueron íntegramente comunitarias. De esta manera, las actividades cotidianas para organizar las huertas, aprender las tareas de cuidado de una chacra, improvisar para resolver la escasez de herramientas y distribuir los alimentos entre los vecinos, formaron parte de la *mimesis* práctica de estos sujetos (Bourdieu, 2007). Estas acciones, además, estuvieron mediadas por relaciones de intercambio basadas en un principio de reciprocidad: “recibir”, “pedir” y “compartir”, propias de los pueblos originarios.¹⁴

¹² En la comercialización de la cosecha para la campaña algodonera 2003-2004, el ingreso total promedio de las familias indígenas ascendía a \$800. Si bien esto duplicó su ingreso anual, este total percibido contemplaba el trabajo de seis meses de producción. Vale aclarar, que para ese año el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) estimaba que la línea de pobreza se encontraba en \$720 por mes. Fuente: Una Cosecha que renovó la esperanza (2004). *Diario La Nación*: <https://www.lanacion.com.ar/sociedad/una-cosecha-que-renovo-la-esperanza-nid577496/>

¹³ Entre otras causas, por la definitiva desarticulación del mercado algodonero, la eliminación de los programas productivos y una intensa sequía que afectó a gran parte del territorio centro-norte provincial. Junto con esto, finalizada una de las Marchas del Impenetrable en junio de 2011, el dirigente campesino Qom de la FNC, Mártires López, falleció en un accidente vial que el movimiento social denunció como un atentado. Esto fue determinante ya que se desarticuló la organización política y trasladó el centro de las demandas al pedido de justicia por su referente político.

¹⁴ Con esto, nos referimos específicamente a actos cotidianos de intercambio de favores en la distribución de alimentos que suelen involucrar a todos los miembros de la comunidad y se realizan sin intermediación del mercado (Gordillo, 2006). Este tema ha sido tratado con mayor profundidad analítica en Colla (2019).

Por último, una experiencia relevante que nos interesa destacar brevemente es la lucha por la recuperación de los territorios ancestrales que se realiza, entre otras estrategias, a través de las ocupaciones de tierra. Como mencionamos anteriormente, estas acciones colectivas reflejan un activismo campesino dispuesto a demandar, a través de las ocupaciones de tierra, espacios para poder permanecer en el ámbito rural, ya que la ocupación es una forma de materialización de la lucha de clases contra el capital (Martins, 1981 en Mançano Fernandes, 2001).

En Pampa del Indio, en los últimos años, se han registrado numerosas acciones de este tipo. En su mayoría son vehiculizadas por jóvenes que, por lo general, no encontraron respuesta para resolver, por sus propios medios, un lugar donde vivir. Es por ello que decidieron resolver de manera colectiva el acceso a la tierra y ocuparon predios de dominio público o privado. Como relataba un joven campesino:

“Cuando estaba Mártires [dirigente Qom de la UCC fallecido en 2011], de ahí empieza la manifestación por corte de ruta y las tomas de tierra. Como que agarraron la gente, despertaron. Este es el camino que uno puede tomar para su reclamo, para ser escuchado como aborígenes. Y más antes no se hacía eso. Por eso es que la gente ya perdieron su tierra. Por más que vos hace la denuncia, todo eso queda en nada. Y ahora cambia porque vos reclamás las cosas”.

Tomar la tierra es una acción política que interpela y se erige como instancia subversiva del orden dado; es quizá la forma de acción política y resistencia más arriesgada y sacrificada de los últimos tiempos (Ciuffolini, 2017). Es una práctica colmada de significados respecto a la recuperación del territorio como pueblos originarios, las representaciones sobre la tierra, la producción y la vida en el monte y un modo de entender la igualdad y la reciprocidad. Como mencionaba un dirigente campesino Qom de la FNC:

Mira este terreno queremos recuperar. No es que ocupamos nomás por ocupar, sino que es de nuestros abuelos sería. Recuperamos. Porque ya perdimos mucho ya, como la que está en Campo Medina, Don Panos [refiere a la “Estancia y Cabaña Don Panos” perteneciente a Unitec Agro S.A.], eso era de nuestros abuelos y lo perdimos. Muchos se enriquecieron de la tierra nuestra, y nosotros no tenemos ni agua, tenemos que pagar la luz que no te alcanza. Entonces, es triste, pero bueno... (Entrevista a PL, Ocupación de Lote 4, mayo 2019)

Pero también, estas prácticas son una forma que activa modalidades de violencia inusitadas. Por ejemplo, las familias nucleadas en la FNC y demás organizaciones indígenas se han visto expuestas a represiones por parte de las fuerzas de seguridad, secuestros ilegales y procesamientos judiciales que evidenciaron la persistencia de relaciones coloniales y racistas de dominación por parte del Estado.¹⁵ No obstante, también se han

¹⁵ Por caso, lo sucedido en el operativo de desalojo a una familia Qom en 2018. Fuente: Artículo: “Chaco: violento operativo para desalojar a una familia qom de Pampa del Indio” Publicado el 23/08/18 en *Red Eco alternativo*, Disponible en: shorturl.at/ckmvJ

generado resistencias colectivas a los desalojos judiciales, tal como sucedió recientemente con la familia Rojas-Silvestri.¹⁶

Por último, para los campesinos Qom, ocupar un predio trasciende el momento del “estallido social” que supone ingresar y acampar allí. En efecto, se desarrollan otras modalidades de resistencia étnica que parecieran ser las que definen el éxito o el fracaso de la acción social. Nos referimos a aquellas situaciones de la “vida cotidiana” que suponen resolver dilemas diarios tales como desmontar y abrir una picada, tender el cableado eléctrico, construir viviendas, buscar agua en fuentes cercanas, entre otras. Son desafíos diarios para construir los nuevos territorios en los que se despliega otro tipo de resistencia; aquella que tiene carácter cotidiano. Forman parte de la *“instancia irreducible de la agencia humana, que es la política más meticulosa que se cincela en la filigrana de lo cotidiano”* (Das, 2008).

En términos generales, estas acciones colectivas aquí planteadas -y que suman muchas más en casi 20 años de movilización política- tuvieron como cuestión fundamental ampliar el campo de posibilidades para que tengan lugar otras opciones que habían sido marginalizadas e invisibilizadas por los procesos de sometimiento y colonialidad históricos. Son en estas iniciativas donde los movimientos sociales y sus acciones colectivas aparecen como facilitadores de la lucha política. Y también es allí donde se tejen posibilidades para permanecer en el ámbito rural, con mejores condiciones de vida y perspectivas de futuro.

Conclusiones

En este artículo buscamos recuperar el debate teórico sobre el porvenir de las poblaciones campesinas en el desarrollo capitalista. Se analizó, desde una perspectiva sociológica, lo que acontece en el agro chaqueño argentino con las explotaciones agropecuarias de menor escala y con las transformaciones demográficas en el entorno rural. Asimismo, se recuperaron las experiencias de movilización política de hombres y mujeres pertenecientes al campesinado indígena que buscan hacer frente a la subordinación y desterritorialización que les afecta de manera directa.

En primer lugar, se concluye que los profundos cambios estructurales sucedidos en la matriz agrícola histórica chaqueña son ejemplificadores de la tendencia propia del capitalismo moderno, que tiende a acrecentar la brecha entre la gran y la pequeña empresa agrícola. En efecto, pese a superar la media nacional con el 18% de población rural, en la provincia de Chaco el descenso demográfico y la reducción de las explotaciones agropecuarias de menor

¹⁶ Fuente: Artículo: “Pampa del Indio: la reacción de la comunidad frenó el desalojo de una familia Qom” Publicado el 22/08/18 en *Chaco Día por Día*, Disponible en: shorturl.at/lwQRZ.

superficie parecen señalar que la presencia de campesinos en la región posee una tendencia poblacional decreciente. Por lo tanto, la desaparición de estas unidades pareciera ser tendencial en esta porción del norte argentino.

En segundo lugar, consideramos que las posturas teóricas sobre la disolución o no de las unidades campesinas no deberían ser tomadas de manera dicotómica ni antagónica. Es necesario tener presentes en cada formación social analizada: por un lado, las condiciones estructurales en que se desarrollan (en este caso, la tendencia de larga duración hacia la descampesinización). Por otro, los elementos que habilitan decisiones políticas que contribuyan a mejorar la calidad de vida y la reproducción social de estas poblaciones. En este sentido, es posible que se convaliden medidas ostensibles dirigidas a la recreación del sector, sin dejar de tener en cuenta bajo qué condiciones se llevan a cabo, ya que en el seno del sistema capitalista éstas operan en su contra. Esto es importante al momento de definir objetivos dentro de los movimientos sociales, ya que de ello dependerán los logros y avances de la lucha política.

Por último, las experiencias de organización y movilización política llevadas a cabo en los últimos veinte años por los movimientos de campesinos indígenas parecen mostrar que existen ciertas condiciones para la recreación campesina. En efecto, un conjunto de sujetos, en contexto de exclusión del espacio económico y social, dejan planteada la posibilidad de modificar su condición preexistente y crear otra situación. La organización aparece como un punto crítico, ya que es aquí donde surgen nuevas necesidades y destrezas y la búsqueda de soluciones colectivas frente a las restricciones. Asimismo, la capacidad de agencia indígena para participar, apropiarse, resolver por medios propios el acceso a la tierra y cooperar entre sí, deja planteado que la vinculación con el Estado no se desarrolla necesariamente bajo la dicotomía dominación/resistencia o participación/cooptación (Ortner, 2016). Más bien es la destreza de quienes sobreviven en el medio rural en condiciones que les son permanentemente adversas y que aprovechan los recursos disponibles para continuar persistiendo.

Bibliografía citada

- ARCHETTI, E. y STOLEN, K. A. (1975) *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires: Siglo XXI ed.
- AZCUY AMEGINO, E. (2014) "Durmiendo con el enemigo: capitalismo y campesinado en Argentina", en *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, (40).
- BARTRA, A. (2006) *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, México DF: Itaca.
- BOURDIEU, P. (2006 [1977]) *Argelia 60*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- BOURDIEU, P. (2007) *El sentido práctico*, Buenos Aires, Argentina: Ed. Siglo XXI.
- BOURDIEU, P., y SAYAD, A. (2017) *El desarraigo. La violencia del capitalismo en una sociedad rural*, Buenos Aires, Argentina: Ed Siglo XXI.
- BRODERSOHN, V., VALENZUELA, C. y SLUTZKY, D. (2009) *Dependencia interna y desarrollo. El caso del Chaco*, Chaco: Librería La Paz.
- CHAYANOV, A. (1974 [1924]) *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- CIUFFOLINI, M. A. (2017) *Lucha por la tierra. Contexto e historias de las tomas en Córdoba*, Córdoba: EDUCC.
- COLLA, J. (2019) "Reproducción social indígena, solidaridad económica y reciprocidad en la comunidad Qom de Pampa del Indio, Chaco", en *Cuestiones de sociología* (N° 21).
- CORAGGIO, J. L. (2011) *Economía social y solidaria. El trabajo antes que el capital*, Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- DAS, V. (2008) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas.
- FEDER, E. (1977) "Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado", en *Revista Comercio Exterior*, 27, 12, 1439-1446.
- FERNANDES MANÇANO, B. (2001) *Questão agrária, pesquisa e MST*, São Paulo: Cortez Editora.
- GIARRACCA, N. (2017 [1990]) "El campesinado en la Argentina: un debate tardío", en Teubal, M., *Estudios rurales y movimientos sociales: miradas desde el Sur. Antología esencial*, (págs. 331-348). Buenos Aires: CLACSO.
- GORDILLO, G. (2006) *En el Gran Chaco. Antropologías e historias*, Buenos Aires: Prometeo.
- GRAMSCI, A. (1975) *Cuadernos de la cárcel*, México: Ediciones Era.
- GRAS, C., y HERNÁNDEZ, V. (2013) *El agro como negocio. Producción, sociedad y territorios en la globalización*, Buenos Aires: Biblos.
- GUIÑAZÚ, S., TRENTINI, F., y AMEGHINO, N. (2019) "Agencia(s) indígena(s) en políticas públicas participativas en Norpatagonia: políticas de comanejo y relevamiento territorial", *Revista Latinoamericana*, 45-59.
- HARVEY, D. (2005). "El 'nuevo' imperialismo: acumulación por desposesión", en *Revista Socialist register*, online.
- KAUTSKY, K. (2015 [1898]) *La cuestión agraria. Estudio de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*, Barcelona, España: Marxists Internet.

- LENIN, V. I. (1959 [1972]) *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Santiago de Chile: Quimantu.
- MANZANAL, M. (1990) "El campesinado en la Argentina: un debate tardío o políticas para el sector: una necesidad impostergable", en *Realidad Económica*, (97).
- MARTINS DE CARVALHO, H. (2012) *El campesinado contemporáneo como modo de producción y como clase social*, Curitiba, Brasil.
- MARI, O. (2009) "La transición entre dos ciclos y sus efectos sociales en un territorio argentino", en *Revista de Geografía Norte Grande*, 42, 21-40.
- MARTINEZ DOUGNAC, G., y AZCUY AMEGHINO, E. (2014) "La agricultura familiar pampeana: notas sobre historia y actualidad", *Revista Eutopía*, 6.
- MARX, K. (2008) [1867] *El Capital*, México DF: Siglo XXI.
- MIRANDA, G. (2005 [1955]) *Tres ciclos chaqueños*, Resistencia, Chaco: Librería De la Paz.
- ORTNER, S. B. (2016) *Antropología y teoría social: cultura, poder y agencia*, Unsam Edita.
- PERELMITER, L. (2012) "Burocracia, pobreza y territorio: la política espacial de la asistencia en la Argentina reciente", trabajo presentado en las *VII Jornadas de Sociología*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina.
- ROFMAN, A. (1993) "Las economías regionales. Un proceso de decadencia estructural", en P. Bustos, *Más allá de la estabilidad estructural*, Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.
- SHANIN, T., y ALAVI, H. (1988) "La cuestión agraria: El discurso marxista de Kautsky", en *Agricultura y sociedad*, 47, 43-54.
- SHANIN, T. (1983) *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*, Madrid: Alianza Editorial.
- SILI, M. (2019) "La migración de la ciudad a las zonas rurales en Argentina. Una caracterización basada en estudios de caso", en *Revista Población y Sociedad*, 26, (1).
- SLUTZKY, D. (2014) *Estructura social agraria y agroindustrial del nordeste de la Argentina*, Posadas: Universitario.
- VALENZUELA, C. (2006) *Transformaciones agrarias y desarrollo regional en el nordeste argentino*, Buenos Aires: La Colmena.
- VALENZUELA, C. (2005). "Transformaciones y conflictos en el agro chaqueño durante los '90. Articulaciones territoriales de una nueva racionalidad productiva". *Revista Mundo Agrario*, 5, (10).
- WOLF, E. (2005) *Europa y la gente sin historia*, México: Fondo de cultura económica.